

dad? No, no encontrarás tales ministros: *Non habeo hominem*. Quisiera el maldiciente cuya lengua ha derramado más veneno que la serpiente, el calumniador que ha denigrado la fama de su prójimo, encontrar un ministro que callase y disimulase: pero no, no lo encontrarán: *Non habeo hominem*. «Yo no tengo hombre,» dicen muchos jóvenes; y tienen razon, amados míos; no tienen quien los enseñe, quien los conduzca á los piés del ministro de paz, y yo puedo dar testimonio, pues he encontrado jóvenes en vuestra ciudad que aún no han comulgado á los diez y seis años: *Non habeo hominem*. «No tengo quien me acompañe;» y tienen razon; en otros tiempos, llegado el tiempo de Cuaresma, el padre iba á la iglesia con sus hijos, la madre con sus hijas; hoy ya no es moda; si hay teatros y diversiones, aunque sea en Cuaresma, se les permite ir, porque son jóvenes y es necesario que se desahoguen; pero ¡á la iglesia! ¡al tribunal sagrado! Eso era bueno para los tiempos en que los hombres eran ignorantes. ¡Siglo condenado por la Sabiduría eterna y entregado á tu sentido réprobo: *Non habeo hominem!*

Jesucristo no os pregunta eso; os dice si quereis sanar; y si os decidís, obedeced á su voz, *tolle gravatum*, tomad ese enorme peso de pecados que gravita sobre vuestras almas; purificadas en la sagrada Piscina de la confesion, aparecerán puras y limpias, y empezareis á marchar con paso de gigante por el camino de la virtud, hasta que llegueis al templo santo y deis al Médico celestial gracias por toda la eternidad. Amen.

## EXHORTACIONES

### PARA LA COMUNION

ANÁLOGAS Á

#### LAS PARTES DEL SACRIFICIO DE LA MISA.

##### I.

«Salid, siervos míos, salid á las calles y obligad á cuantos encontréis para que vengan á mi cena.» Así habló aquel Padre de familias que preparó un convite espléndido, suntuoso, en el cual nos figuró Jesucristo el soberano banquete en que Él se da á sus amigos. ¡Oh bondad infinita la de este Dios benignísimo! Había convidado á su mesa á muchos que parecían amigos suyos, quienes debían corresponder á tan generosa oferta; pero ocupados en negociaciones particulares, se excusaron unos, se negaron abiertamente otros, y entónces mandó á sus siervos que sin demora saliesen á buscar indistintamente á cuantos se hallasen en las plazas, fuesen débiles, fuesen estropeados, para que se llenase su mesa.

Pecadores: vosotros sois los favorecidos en este convite; los ministros de Jesus os llaman de parte de este tierno y amoroso Padre para que entreis en su casa, os sentéis en su mesa, os satureis con su cuerpo y os inebrieis con su sangre. Preparad vuestros vestidos, lavad vuestras almas, adornaos con la blanca estola de la gracia, para que seais dignos de entrar en la magnífica sala donde os espera el Rey inmortal; está éste dispuesto á salir; sus ojos van á registrar á los convidados uno

por uno; cuidad que no encuentre alguno de vosotros sin el vestido nupcial y exciteis su indignacion. Elevémonos sobre todo lo material y corruptible; preparemos un albergue divino al Huésped que va á visitarnos; arrojemos de nuestro corazon tantos ídolos como hay en su seno, ídolos que adoramos acaso al mismo tiempo que queremos entrar en el convite celestial; desprendámonos de las criaturas que, como un plomo, nos impiden volar hasta nuestro Dios amantísimo; lavemos nuestras almas en las lágrimas del dolor y de la penitencia.

## II.

Aquí nos teneis ; oh Dios de bondad! Hemos oido los suaves acentos de tu voz con que nos llamas á la sagrada Mesa; mas ¿cómo osar presentarnos? ¿Cómo pretender disfrutar de tu amable vista? ¿Cómo intentar sentarnos á tu lado? ; Nosotros, que por tantos años hemos tenido á ménos dar señales de que somos hijos tuyos! ; Nosotros, que, mil veces convidados por Tí, mil veces te hemos despreciado! ; Nosotros, que, locamente entregados al vicio, nos hallamos debilitados, estropeados y casi desahuciados en nuestras culpas!

En verdad, Señor, vuestro amor para con nosotros es excesivo; no somos dignos de llegarnos al umbral de vuestra casa.

Lloramos nuestra ingratitud, y arrepentidos de haber despreciado tanta bondad, os suplicamos nos dirijais una mirada compasiva. No tenemos don alguno que poder ofrecerte; pero al ménos te ofrecemos nuestras almas contritas y humilladas, y no dudamos que, como Padre compasivo, has de extender tus brazos y nos has de estrechar en tu pecho; te ofrecemos tambien ; oh Padre Eterno! la Víctima viva, santa, inocente é inmaculada que por nosotros se ofreciera en la Cruz; ya que no podais

mirar á nuestros méritos, mirad al rostro de vuestro ungido, y por sus infinitos merecimientos, por el precio de su sangre, admitidnos en vuestra presencia; tened piedad para con los desdichados pecadores que te invocan.

## III.

No teneis por qué temer ; oh almas! Habeis sido purificadas en la sangre de Jesus; Dios ha leido los deseos de vuestro corazon; ha sido testigo de vuestro dolor, y Él es quien os ha inspirado los santos propósitos; el momento llega... Yo veo al amoroso Jesus...; yo lo veo, y viene saltando los collados eternos...; viene á aposentarse en este templo; viene á vivir en vuestros corazones...; unid vuestros acentos á las armonías celestiales que ya oigo resonar; vosotros sois más felices que los mismos ángeles que le acompañan; ellos lo ven, vosotros lo habeis de gustar; ellos le sirven con temor, vosotros vais á ser servidos por Él; vosotros vais á uniros con Él como con un esposo tierno; decidle, pues, con los serafines: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de tu gloria; gloria á Dios en las alturas; bendito sea el que viene en el nombre de Dios; gloria á Dios en las alturas.»

## IV.

¡Oh amoroso Jesus! ¿Quién te ha obligado á tantas finezas de amor para conmigo? ¿Quién te ha hecho bajar del cielo á la tierra? ¿Qué voces son esas que me diriges en este momento? Son las voces de vuestro amado, almas justas: *Vox dilecti mei*. «Ábreme, os dice, ábreme, hermana mia, esposa mia, paloma mia, inmaculada mia; eres mi hermana, pues por tu amor me hice hombre; eres mi esposa, pues con mi muerte te reconcilié con mi Padre celestial y te infundí el Espíritu Santo; eres mi paloma

y mi inmaculada; no me niegues la entrada en tu corazón.»

¿Cómo podemos negarnos á tan tierno llamamiento? ¡Oh Esposo divino! Deseamos unirnos á Tí con más ansias que el ciervo herido desea llegar á la fuente de las aguas; se halla nuestro corazón herido con las saetas de tu amor: ¿cómo dejaremos de amarte? Han sido nuestro alimento las lágrimas: ¿cómo no acudiremos á Tí, que eres nuestra alegría? Hemos padecido hambre y sed: ¿cómo nos negaremos á tu dulce convite, en el cual nos hartarás, é inebriarás con el torrente de las delicias celestiales? Ven, pues, ¡oh Esposo de mi alma! ven; sed todo mio, sed mi único bien, mi única esperanza, mi encanto y mi amor; si me olvidare yo de Tí, olvídense de mí mi mano derecha; entrarás en mi corazón, te estrecharé, te abrazaré y no te abandonaré hasta que me llesves á tu amable presencia en el cielo, donde ya no temeré perderte.

## MISA DE GRACIAS.

TE DEUM LAUDAMUS.

### I.

Treinta y tres años pasados entre los excesos á que podían dar lugar pasiones violentas, nutridas en la ardiente Numidia; mil errores sucesivamente adoptados y despreciados por un espíritu que sería el primero entre los grandes y gigantescos ingenios de la Iglesia; mil preocupaciones que atormentáran largo tiempo á un alma viva y perspicaz, deseosa de ser justa, pero retraída por las consideraciones del mundo corruptor; un edificio de maldad, por fin, cae, desaparece, y el erguido filósofo, el gran retórico del Occidente, se humilla á los piés de

un anciano venerable, que con palabras dulces y enérgicas, con una elocuencia propia de la Religión, lo atrajera, lo enterneciera y lo ganara á Jesucristo; era el jóven Agustin, postrado á los piés de Ambrosio. Bautizado aquél, levantando éste sus manos al cielo, anegados sus ojos en lágrimas de gozo, entonára lleno de fuego y entusiasmo divinos: «¡Dios mio, yo te alabo y te bendigo; te alabo, te bendigo y te adoro en union de esta alma que acabas de santificar.» *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur.*

### II.

¡Oh Dios! Si nuestras palabras han sido la espada de dos filos que ha herido el corazón de algun pecador; si en las voces que Tú has puesto en nuestros lábios alguno ha sentido aquella voz terrible que hiende los cedros del Líbano y ablanda las piedras; si algun alma ha conocido sus errores y ha entrado por el camino de la verdad y de la justicia, tuya es, Señor, la gloria, tuyo es el honor, á Tí pertenece exclusivamente la alabanza: *Te Deum laudamus*; á Tí, á quien como á Padre y Autor de todo bien, adora toda la tierra; á Tí, á quien como á Rey Supremo sirven los ángeles y obedecen los cielos, y ante quien se humillan las Potestades; á Tí, en cuya presencia los querubines y serafines, llenos de amor y de respeto, grandiosos himnos entonan, engrandeciendo tu sabiduría, tu omnipotencia y tu santidad: *Tibi Cherubim et Seraphim incessabili voce proclamant.*

### III.

Justo es que unais vuestras voces á las de los espíritus soberanos; justo es que así como el convertido Agustin alternára este himno con el obispo Ambrosio, alter-